



. O B A M A .

QUE DEBE HACER OBAMA

UNA CARTA AL NUEVO PRESIDENTE

POR PAUL KRUGMAN



Estimado Sr. Presidente:

Como le sucedió a Franklin Delano Roosevelt hace tres cuartos de siglo, usted está asumiendo el cargo en un momento en el que todas las verdades establecidas han desaparecido y toda la sabiduría convencional demostró estar equivocada. Vivimos en un mundo que ni usted ni nadie esperaba ver. Muchos presidentes han tenido que lidiar con crisis, pero muy pocos se han visto obligados a hacerlo desde el primer día con una crisis como la que Estados Unidos enfrenta hoy.

Entonces, ¿qué debería hacer?

En esta carta no voy a tratar de aconsejarlo acerca de todo. En gran parte me voy a limitar a la economía, o a asuntos relacionados con la economía. También voy a hacer foco en cosas que usted puede o podría lograr en su primer año de mandato. El éxito o el fracaso de su gobierno dependerán mayormente de lo que suceda en el primer año, y, sobre todo, de si logra controlar la crisis económica actual.

LA CRISIS ECONOMICA

QUE TAN MALAS SON LAS PERSPECTIVAS ECONÓMICAS? Peor de lo que casi nadie se hubiera imaginado.

El crecimiento económico en la era Bush estuvo alimentado por un estallido de la deuda privada. Hoy, los mercados de crédito están dados vuelta; las empresas y los consumidores se están retrayendo; y la economía está en caída libre. A lo que nos enfrentamos, en esencia, es a una enorme brecha laboral. La economía de Estados Unidos necesita sumar más de un millón de puestos de trabajo por año sólo para mantenerse al ritmo de la creciente población. Aun antes de la crisis, bajo el mandato de Bush, el crecimiento de la ocupación creaba sólo 800 mil puestos por año (y durante el año pasado, en lugar de ganar un millón de puestos, se perdieron dos millones). Hoy mismo se siguen destruyendo puestos de trabajo a un ritmo de medio millón por mes.

No hay nada en los datos ni en la situación subyacente que sugiera que la caída del empleo vaya a aminorar pronto, lo que significa que para fines de este año podemos llegar a tener diez millones de puestos de trabajo menos de lo que deberíamos. Esto, a su vez, implicaría una tasa de desempleo de más del 9 por ciento. Sumémosle aquellos que no son considerados en la tasa estándar porque ya no buscan trabajo, más los que se ven forzados a tomar trabajos part-time cuando lo que quieren es trabajar full time, y probablemente estaremos viendo un desempleo real de alrededor del 15 por ciento (más de veinte millones de norteamericanos).

El costo humano de una caída tan severa sería enorme. ¿Qué pasará entonces si el desempleo llega al 9 por ciento o más? Diez millones de estadounidenses de clase media serán empujados a la pobreza, y otros seis millones a la indigencia, un severo estado de privación que se da cuando el sueldo llega apenas a la mitad de la línea de pobreza. Muchos de los estadounidenses que pierdan sus trabajos también perderán su seguro médico, lo que empeorará el ya lúgubre estado de la salud en Estados Unidos, e inundará las salas de emergencia con aquellas personas que no tienen otro lugar adonde ir. Mientras tanto, otros millones de estadounidenses perderán sus casas. Los gobiernos provinciales y locales, habiendo perdido gran parte de sus ingresos, tendrán que hacer recortes incluso en los servicios más esenciales.

Si las cosas siguen su curso actual, Sr. Presidente, pronto estaremos frente a una gran catástrofe nacional. Y es su tarea —una que ningún otro presidente tuvo que asumir desde la Segunda Guerra— evitar esa catástrofe. Un momento, dirá usted. ¿Acaso otros presidentes no enfrentaron economías problemáticas también? Sí, lo hicieron, pero cuando se trató de política económica, sus predecesores no controlaban realmente la cosa. Durante la última mitad del siglo, la Reserva Federal —la Fed, una institución más o menos independiente, dirigida por tecnócratas diseñados a propósito para actuar con independencia respecto de quien quiera que esté en la Casa Blanca— se ha estado encargando de la administración económica día tras día, e incluso año tras año. Sus colegas presidentes sólo acompañaban.

¿Se acuerda del boom económico de 1984, que permitió

Paul Krugman es uno de los intelectuales más importantes de Estados Unidos. Profesor en Princeton y columnista del New York Times, escribió gran parte de esta carta durante su viaje a Suecia para recibir el Premio Nobel de Economía. Es colaborador habitual de ROLLING STONE.



EVERYTHING MUST GO Ante una retracción histórica del consumo, los comercios liquidan su mercadería a costos bajísimos.

que Ronald Reagan usara el eslogan: “Amaneció de nuevo en Estados Unidos”? Bueno, Reagan no tuvo absolutamente nada que ver con ese boom. Fue, en cambio, obra de Paul Volcker, que había sido nombrado por Jimmy Carter como director de la Fed en 1979 (y que ahora es el jefe de su panel de asesores en economía). Primero Volcker le quebró la espalda a la inflación, con el costo de una recesión que probablemente haya condenado a muerte las chances de reelección de Carter en 1980. Luego Volcker diseñó una recuperación económica. En efecto, Reagan se puso el uniforme y simuló ser el gran piloto de la economía, pero fue Volcker el tipo que realmente pilotó el avión y lo aterrizó a salvo.

Usted, en cambio, tiene que equilibrar solo este avión que va en picada, porque la Fed ha perdido su poder. Compare la situación de ahora con la que había en los 80, cuando Volcker dio vuelta la economía. En ese momento, a la Fed le bastaba con emitir un montón de dólares (ok, de hecho acreditó el dinero en las cuentas de los bancos privados, pero el resultado final es el mismo) y luego usar esos dólares para comprar al por mayor deuda del gobierno de Estados Unidos. Esto bajó las tasas de interés: cuando Volcker decidió que la economía necesitaba una ayuda para levantarse, rápidamente fue capaz de llevar la tasa de interés de los papeles del Tesoro del 13 al 8 por ciento. Tasas de interés más bajas para la deuda oficial, a su vez, hicieron bajar las tasas de las hipotecas y de los préstamos comerciales. La gente comenzó a gastar de nuevo, y en unos meses la economía había pasado de la depresión al boom. Los economistas llaman a este proceso —desde la decisión de la Fed de emitir más dinero hasta la consecuente suba del consumo y el empleo— “mecanismo de transmisión monetaria”. Y en los 80 ese mecanismo funcionó bien.

Esta vez, el mecanismo de transmisión está quebrado.

En primer lugar, aunque la Fed todavía puede emitir dinero, no puede bajar las tasas de interés. ¿Por qué? Porque ya son tan bajas como es posible. Mientras escribo esta carta, la tasa de interés de bonos del Tesoro es 0,005 por ciento, o sea, cero. Y no se pueden bajar más que eso.

Ahora, usted puede pensar que tasas de interés en cero llevarían a una orgía del crédito. Pero aunque el gobierno de Estados Unidos puede prestar dinero gratis, el resto de nosotros no puede. El miedo domina los mercados financieros,

y por eso desde hace más de un año y medio, a medida que las tasas de interés sobre la deuda pública se han precipitado, las tasas que el común de la gente tiene que pagar mayormente han subido. En particular, muchas empresas están pagando tasas de interés mucho más altas ahora que hace un año y medio, cuando la Fed no había empezado con los recortes. Y tienen suerte, si se las compara con las muchas que no pueden acceder a ningún crédito.

Además, incluso si más gente pudiera pedir prestado, ¿realmente querrían gastar? Hay una sobreabundancia de casas sin vender en el mercado, así que hay muy poco incentivo para construir más casas, sin importar cuán bajas estén las tasas hipotecarias. Lo mismo pasa con la inversión comercial: con los edificios de oficinas vacíos, los shoppings rogando por inquilinos y las fábricas paradas, ¿quién va a querer gastar dinero en productividad? Y con los trabajadores preocupados por mantener sus puestos, la gente que está tratando de ahorrar unos dólares podrá ir en malón a los comercios que ofrecen grandes descuentos, pero no muchos van a querer comprar grandes productos (autos, por ejemplo), que son los que normalmente alimentan una recuperación económica.

Entonces, decía, la Fed ha perdido su poder. Ben Bernanke y sus colegas están probando todo lo que se les ocurre para descongelar los mercados de crédito (la ensalada de nuevas “instituciones prestamistas” con siglas que nadie puede recordar crece minuto a minuto). Hay un chiste que dice que en cualquier momento, todos tendrán una tarjeta Visa con el logo de la Fed reemplazando el de los bancos. Pero en el mejor de los casos, toda esta actividad sólo servirá para limitar el daño. No hay ningún pronóstico realista de que la Fed pueda sacar la economía de la caída que atraviesa.

Así que depende de usted.

RESCATAR LA ECONOMIA

EL ÚLTIMO PRESIDENTE QUE TUVO QUE ENFRENTAR un lío semejante fue F.D. Roosevelt, y usted puede aprender mucho de su ejemplo. Esto no significa, sin embargo, que deba hacer todo lo que hizo él. Por el contrario, usted debe intentar emular sus éxitos, pero evitar repetir sus errores.

Acerca de esos éxitos, el modo en que FDR lidió con el desastre financiero de su época ofrece un muy buen modelo. Entonces, como ahora, el gobierno tuvo que usar el dinero de los impuestos para rescatar al sistema financiero. En particular, la Reconstruction Finance Corporation tuvo en principio un rol similar al del gran paquete de salvataje, el Troubled Assets Relief Program de la administración Bush (los célebres 700 mil millones de dólares que todos conocen). Del mismo modo que el reciente programa, aquella RFC engordó el efectivo de los bancos en problemas usando fondos públicos para comprar y subir las acciones de esos bancos.

Había, sin embargo, una gran diferencia entre el modo en que Roosevelt manejó el rescate financiero subsidiado con recaudación impositiva, y cómo lo llevó a cabo la administración Bush. A saber: que a FDR no le dio vergüenza pedir que el dinero de la gente fuera usado para servir al bien común. Para 1935, el gobierno era dueño de cerca de un tercio del sistema bancario, y la administración Roosevelt utilizó esa porción de propiedad para insistir con que los bancos ayudasen de hecho a la economía, presionándolos para que prestaran el dinero que Washington les estaba dando. Más aun, el New Deal se lanzó a prestar un montón de dinero: directamente a empresas y gente que quería comprar su casa, y a gente que ya era propietaria, ayudándolos a reestructurar sus hipotecas para que pudieran quedarse con sus casas.

¿Puede usted hacer algo como eso hoy? Sí, puede. La administración Bush se habrá negado a poner condiciones para la ayuda a las compañías financieras, pero usted puede cambiar eso. Si los bancos necesitan fondos federales para sobrevivir, déselos, pero exija que hagan su parte prestando esos fondos al resto de la economía. Otorgue más ayuda a los propietarios. Utilice a la Asociación Federal Nacional Hipotecaria y a la Corporación Federal de Préstamos Hipotecarios—las agencias de préstamos inmobiliarios— para transmitir los bajos costos de los préstamos oficiales a propietarios calificados. (Ambas agencias—Fannie Mae y Freddie Mac— fueron incautadas por reguladores federales en septiembre, pero—extrañamente— la administración Bush ha sostenido los altos costos de los préstamos, negándose a declarar que sus bonos están respaldados por la pura fe y el crédito de los contribuyentes.)

Los conservadores van a acusarlo de nacionalizar el sistema financiero, y algunos lo llamarán marxista (a mí me pasa todo el tiempo). Y la verdad es que usted estará, de alguna manera, llevando a cabo una nacionalización temporal. Pero eso está bien: en general no queremos que el gobierno maneje las instituciones financieras, pero por ahora necesitamos hacer lo que sea para lograr que el crédito vuelva a fluir.

Todo esto va a contribuir, pero no lo suficiente. Sin duda usted deberá tratar de solucionar el problema de los bancos y otras instituciones financieras. Pero para sacar a la economía de su caída, debe hacer más que canalizar dinero hacia los bancos y otras instituciones financieras. Debe darle un impulso a la economía real del trabajo y los ingresos. En otras palabras, tiene que arreglar bien el tema de la creación de empleo, cosa que FDR nunca hizo.

Esto puede sonar raro. Después de todo, lo que se recuerda de los años 30 es la Works Progress Administration, que en su punto más alto dio empleo a millones de estadounidenses con la construcción de caminos, escuelas y represas. Pero esos programas de creación de empleo del New Deal, si bien contribuyeron de verdad, no fueron lo suficientemente grandes ni sostenidos como para terminar con la Gran Depresión. Cuando la economía está en profunda depresión, uno tiene que dejar de lado las habituales preocupaciones acerca de déficits presupuestarios. FDR nunca logró hacerlo. Como resultado, fue demasiado precavido: el impulso que le diera a la economía entre 1933 y 1936 fue suficiente como para bajar el desempleo, pero no hasta los niveles previos a la Depresión. Y en 1937 dejó que los obsesionados por el déficit lo afectasen. Entonces, aunque la economía todavía estaba débil, permitió que lo convenciesen de recortar el gasto al mismo tiempo que subía los impuestos. Esto llevó a una severa recesión



¿QUE TAN MALO ES EL PAISAJE ECONOMICO? PEOR DE LO QUE NADIE IMAGINABA.

que deshizo muchos avances que la economía había alcanzado. Tuvo que venir el enorme proyecto público conocido como Segunda Guerra Mundial—un proyecto que silenció al fin a los tacaños— para que la Depresión llegase a su fin.

De modo que la lección del limitado éxito de FDR en el ámbito del trabajo es que usted tiene que ser verdaderamente audaz en la creación de empleo. Básicamente, las empresas y los consumidores están recortando muchísimo sus gastos, dejando a la economía con un enorme déficit de demanda, que llevará a una enorme caída del empleo, a menos que usted la frene. Para hacerlo, debe gastar lo suficiente como para llenar el agujero que dejó la reducción del sector privado.

¿De cuánto gasto estamos hablando? Quizá sea mejor que se sienta antes de seguir leyendo. OK, aquí va: “pleno empleo” significa una tasa de desempleo del 5 por ciento como mucho, y probablemente menos. Mientras tanto, hoy estamos en una trayectoria que empujará el desempleo al 9 por ciento o más. Incluso los estimados más optimistas sugieren que se necesitan al menos 200 mil millones al año de gasto público para bajar la tasa de desempleo en un punto porcentual. Haga la suma: usted probablemente tiene que gastar 800 mil millones al año para lograr una recuperación económica total. Menos de 500 mil millones por año será demasiado poco como para generar un cambio económico.

Un gasto en esa escala—cuando la economía debilitada, está haciendo bajar la recaudación impositiva—, producirá unas cifras de déficit realmente atemorizantes. Pero las con-

secuencias de ser demasiado cuidadoso—o de no hacer lo suficiente para frenar la caída en picada de la economía— serán aun más terroríficas que el océano de tinta roja que se viene.

De hecho, al intentar rescatar la economía, el problema más grande con el que se va a enfrentar será el de encontrar suficientes programas laborales que puedan empezar rápidamente. Los tradicionales programas al estilo años 30—gastar en rutas, edificios públicos, puertos y otras infraestructuras— son una herramienta muy efectiva para crear empleo. Pero Estados Unidos tiene algo menos de 150 mil millones de dólares en proyectos similares, que están listos para hundir la pala ahora mismo o que pueden comenzar en seis meses o menos. Así que va a tener que ser creativo: deberá encontrar muchas otras formas de meter fondos en la economía.

Debería gastar todo lo que sea posible en cosas de valor a largo plazo, cosas que—como las rutas y los puentes— harán que éste sea un país más rico. Aumentar la infraestructura detrás de internet, mejorar la red eléctrica y la tecnología informática en el sector de la salud (una parte crucial de cualquier reforma del sistema de cobertura médica). Suministre ayuda a los gobiernos estatales y locales, para prevenir que recorten gastos de inversión en el momento menos propicio. Cuando haga esto recuerde que todo ese gasto cumple una función doble: sirve para el futuro, pero también ayuda hoy, dando trabajo e ingresos para compensar el desplome.

También puede hacer lo correcto haciendo un bien. Los estadounidenses que fueron más golpeados por la caída—los desocupados crónicos, las familias sin seguro médico— también son los estadounidenses que más probablemente gasten cualquier ayuda que reciban, y de esa manera ayudarán a sostener la economía como un todo. Así que el socorro a los necesitados—un mayor seguro de desempleo, vales de comida, subsidios para seguros médicos— es al mismo tiempo algo justo y una parte deseada de su plan económico en el corto plazo.

Sin embargo, aún si hace esto no será suficiente para compensar la increíble caída del gasto privado. Así que sí: también tiene sentido recortar los impuestos temporalmente. Los recortes impositivos deberían ir principalmente a los estadounidenses de ingresos bajos y medios; una vez más, porque es lo más justo y porque es más probable que ellos—y no los más acomodados— gasten la ayuda que reciban. Las exenciones impositivas para familias trabajadoras que usted exento en su campaña parecen un instrumento razonable.

Pero seamos claros: los recortes impositivos no son la mejor herramienta para luchar contra la recesión económica. En primer lugar, rinden menos que el gasto en infraestructura, porque no hay ninguna garantía de que los consumidores vayan a gastar sus recortes o reembolsos impositivos. Como resultado, probablemente se requieran recortes por más de 300 mil millones—comparados con los 200 mil millones en obras públicas— para bajar un punto la tasa de desempleo. Además, a la larga va a necesitar más recaudación impositiva, y no menos, para pagar la reforma del sistema de salud. Entonces, los recortes impositivos no deberían ser el núcleo de su programa de recuperación. Deberían, en cambio, ser una forma de agrandar su programa de creación de empleo, que de otra manera no será lo suficientemente grande.

Mi sincera opinión es que, incluso con todo esto, usted no podrá evitar que 2009 sea un año muy malo. Si logra que la tasa de desempleo no pase del 8 por ciento, lo consideraré un gran éxito. Pero para 2010 usted debería ser capaz de poner a la economía en camino a la recuperación. ¿Cómo debería prepararse para esa recuperación?

MAS ALLA DE LA CRISIS

EL MANEJO DE LA CRISIS ES ALGO IMPORTANTE, pero Estados Unidos necesita mucho más que eso. Roosevelt reconstruyó Estados Unidos no sólo por hacernos atravesar a salvo la Depresión y la guerra, sino también por convertirnos en una sociedad más justa y segura. Por un lado, creó programas de seguro social, en especial (Cont. en pág. 97)

QUE DEBE HACER OBAMA

(Viene de pág. 81) el seguro de desempleo, que ha protegido a los trabajadores hasta el día de hoy. Por otro, supervisó la creación de una economía mucho más igualitaria, creando una sociedad de clase media que duró décadas, hasta que las políticas económicas conservadoras trajeron la nueva era de la desigualdad que reina hoy. Usted tiene una oportunidad de emular los logros de FDR, y el juicio final sobre su presidencia dependerá de si usted aprovecha o no esa oportunidad.

El legado más importante que puede dejarle al país será darnos, finalmente, aquello que todas las naciones desarrolladas del mundo ya tienen: atención médica garantizada para todos sus ciudadanos. La crisis actual nos ha dado una lección acerca de la necesidad de una cobertura médica universal, de dos maneras. Ha subrayado la vulnerabilidad de los estadounidenses cuyo seguro médico está atado a trabajos que pueden desaparecer fácilmente. Y ha dejado claro que nuestro sistema actual es además un mal negocio: las tres grandes automotrices (The Big Three) no estarían en semejantes problemas si no siguieran intentando pagar los gastos médicos de todos sus ex empleados además de los de sus actuales trabajadores. Usted tiene el mandato de cambiar las cosas; la crisis económica ha demostrado que el sistema necesita ser cambiado. Y ahora es el momento de aprobar las leyes que establezcan un sistema que dé cobertura a todos.

¿Cómo debería ser este sistema? Algunos progresistas insisten en que debemos ir inmediatamente hacia un sistema de pago individual. Si bien ésta sería la manera más justa y eficiente de asegurarse que todos los estadounidenses obtengan el sistema de atención médica que necesitan, seamos francos: es probable que el pago individual no sea políticamente factible ahora mismo, simplemente porque representaría un cambio demasiado grande. Al menos al principio, los estadounidenses que tienen un buen seguro médico privado serán reticentes a cambiarlo por un programa público, aunque ese programa al final demuestre ser mejor.

Entonces, lo primero por hacer en su primer año es aprobar un plan de compromiso, uno que establezca —por primera vez— el principio del acceso universal a la atención médica. Sus propuestas de campaña proveen el esquema. Deje que la gente mantenga su seguro privado si así lo desea, subsidie el seguro para familias de bajos ingresos, exija que todos los niños estén cubiertos, y dé a todos la opción de pasarse a un plan público, uno que probablemente termine siendo más barato y mejor que el privado. Apruebe leyes que hagan todo esto, y tendremos cobertura médica universal funcionando para fines de su primer mandato. Y eso será un logro que —al igual que la creación del seguro de desempleo por FDR— mejorará a Estados Unidos de manera permanente.

Todo esto va a costar dinero, sobre todo para pagar esos subsidios para seguros, y alguna gente le dirá que el país no puede gastar en una gran reforma del sistema de salud dados los costos del programa de recuperación económica. Hablemos de por qué debería usted ignorar a los que dicen no.

Primero, pongamos en perspectiva los costos del programa de recuperación económica. Es posible que resucitar la economía pueda costar billones de dólares durante su primer mandato. Pero la administración Bush desperdició al menos la mitad de eso en una guerra innecesaria y recortes impositivos para los más ricos; el plan de recuperación será intenso pero temporario, y no significará una carga muy grande sobre los futuros presupuestos. Piénselo así: con la deuda federal de largo plazo pagando la menor tasa de interés en cincuenta años, los costos por intereses de un billón de dólares de deuda nueva sumarán apenas 30 mil millones anuales, cerca del 1,2 por ciento del actual presupuesto federal.

Segundo, hay buenas razones para creer que la reforma del sistema de salud en el largo plazo será un ahorro de dinero. Nuestro sistema no sólo está lleno de agujeros en cuanto a cobertura, sino que también es muy ineficiente y con enormes costos burocráticos, como los inmensos recursos que las compañías de seguros emplean en asegurarse de no dar

cobertura a las personas que más necesitan atención médica. Y bajo un sistema universal será mucho más fácil utilizar sabiamente nuestros dólares del sistema de salud, gastar dinero sólo en procedimientos médicos que funcionen y no en los que no lo hacen. Dado que el alza de los costos en atención médica es la fuente de las sombrías proyecciones a largo plazo para el presupuesto federal, la verdad es que no podemos no avanzar hacia la reforma del sistema de salud.

Y no ignoremos los efectos políticos en el largo plazo. Allá por 1993, cuando los Clinton intentaron (y fracasaron) en crear un sistema universal de salud, estrategias republicanas pidieron a su partido que se opusiera políticamente a cualquier reforma; ellos argumentaron que un exitoso programa de cobertura médica —que enviaría el mensaje de que el gobierno puede efectivamente servir al bien común— esencialmente cambiaría el rumbo de la política estadounidense hacia una dirección progresista. Tenían razón, y las mismas consideraciones que llevaron a los conservadores a oponerse tanto a la reforma sanitaria deberían ser las que lo hagan a usted decidirse firmemente a hacerla realidad.

La atención médica universal, entonces, debería ser su prioridad número 1 luego de rescatar la economía. Proveer cobertura a todos los estadounidenses puede ser para su administración lo que el seguro de desempleo fue para el New Deal. Pero el New Deal logró otra cosa: convirtió a Estados Unidos en una sociedad de clase media. Bajo FDR, Estados Unidos atravesó lo que los historiadores llaman la Gran Compresión, un aumento drástico de los sueldos de los trabajadores que redujo muchísimo la desigualdad de ingresos. Antes de la Gran Compresión, Estados Unidos era una sociedad de ricos y pobres; después fue una sociedad en la que mucha gente, con justicia, se consideró como clase media. Puede ser difícil igualar ese logro hoy en día, pero usted puede, al menos, orientar al país en la dirección adecuada.

¿Qué causó la Gran Compresión? Es una historia complicada, pero un factor importante fue el surgimiento de la organización sindical: la cantidad de trabajadores sindicalizados se triplicó entre 1935 y 1945. Los sindicatos no sólo negociaron mejores sueldos para sus miembros, también aumentaron el poder de negociación de los trabajadores en toda la economía. En ese momento, los conservadores advirtieron que los aumentos tendrían desastrosas consecuencias económicas, que el surgimiento de los sindicatos paralizaría el empleo y el crecimiento económico. Pero la Gran Compresión fue seguida por el gran boom de posguerra, que duplicó los estándares de vida en el curso de una generación.

Desafortunadamente, la Gran Compresión se revirtió a principios de los 70, a medida que los trabajadores estadounidenses perdieron gran parte de su poder de negociación. Esta pérdida se debió por un lado a cambios en la economía mundial, cuando las compañías manufactureras estadounidenses empezaron a enfrentar una mayor competencia internacional. Pero también tuvo mucho que ver con la política, ya que la administración Reagan primero, y la de Bush luego, limitaron la capacidad de organización de los trabajadores.

Usted puede comenzar a revertir ese proceso. Obviamente, los sindicatos no triplicarán su número de afiliados en el corto plazo. Pero puede hacer muchas cosas para fortalecer los derechos de los trabajadores. Una es empezar a poner los cimientos para que se apruebe la Employee Free Choice Act, que le haría mucho más difícil a los empleadores intimidar a los trabajadores que desean afiliarse a un sindicato. Sé que no sucederá en su primer año, pero cuando suceda, la legislación hará que Estados Unidos dé un enorme paso adelante, hacia recuperar la sociedad de clase media que hemos perdido.

VERDAD Y RECONCILIACION

HAY MUCHOS OTROS ASUNTOS DE LOS QUE deberá ocuparse, por supuesto. En particular, no mencioné ni una palabra acerca de la política ambiental, que es finalmente el tema más importante de todos. Y no lo hice

porque sospecho que no será posible aprobar un plan integral para abordar el tema del cambio climático en su primer año. De cualquier modo, incluya en el plan de recuperación inicial toda la inversión medioambiental que pueda, como gastar en la mejora de la eficiencia energética. Pero supongo que 2009 no será el año para introducir medidas *cap and trade* [comercio de derechos de emisión] para reducir la emisión de gases de efecto invernadero. Si me equivoco, genial, pero no espero grandes movidas en política ambiental enseguida.

Tampoco dije nada acerca de la política exterior. Su equipo es muy consciente de la necesidad de aminorar la guerra en Irak (que —ya que estamos— cuesta cada año casi tanto como lo que nos costarían los subsidios a los seguros para implementar la cobertura médica universal). Usted también es consciente de la necesidad de encontrar la solución menos mala para el desastre de Afganistán. Y no quiero ni pensar en Pakistán (pero usted sí debe hacerlo). Buena suerte.

Hay, sin embargo, un área en la que siento que no puedo ser disciplinado. Soy un economista, pero también soy ciudadano estadounidense y, como muchos ciudadanos, he pasado los últimos ocho años viendo horrorizado cómo la administración Bush traicionó los ideales de la nación. Y no creo que podamos dejar esos terribles años atrás a menos que hagamos un reconocimiento total de lo que pasó realmente.

Sé que la mayoría de la gente de Washington le está pidiendo que olvide el pasado, de la misma manera que le pidieron a Clinton que mantuviera oculta la verdad sobre los escándalos de los años Reagan-Bush, en especial el asunto Irán-Contras. Pero sabemos cómo terminó eso. La misma gente que abusó del poder en nombre de la seguridad nacional hace veinte años volvió como parte del equipo que —bajo el segundo George Bush— lo hizo de nuevo, y en una escala mucho más grande. Fue una lección acerca de lo verdaderas que son las palabras de George Santayana: aquellos que no aprenden de su pasado están condenados a repetirlo.

Por eso esta vez necesitamos una explicación completa. No una caza de brujas, quizás ni siquiera procesamientos, pero sí algo como la Truth and Reconciliation Commission [comisión por la verdad y la reconciliación] que ayudó a Sudáfrica a reconocer lo que sucedió durante el Apartheid. Debemos saber cómo fue que Estados Unidos terminó peleando una guerra para destruir armas que no existían, cómo la tortura se convirtió en un instrumento de rutina de la política estadounidense, cómo el Departamento de Justicia se volvió un instrumento de persecución política, cómo la corrupción descarada floreció no sólo en Irak, sino también en el Congreso y el Ejecutivo. Sabemos que estos males no fueron, a pesar de lo que digan los apologistas, el resultado de errores o un par de manzanas podridas: la Casa Blanca generó un clima en el que el abuso se volvió habitual, y en muchos casos probablemente fue el instigador principal de estos abusos. Pero no alcanza con dejar esta realidad en el ámbito de las cosas que “todo el mundo sabe”, porque pronto serán negadas u olvidadas, y el ciclo de abuso volverá a empezar. Toda esta historia macabra debe ser sacada a la luz.

Probablemente sea mejor que el Congreso lidere la investigación, pero su administración puede hacer su parte, evitando usar su influencia para desalentar las investigaciones, y también poniendo fin al muro de silencio de la presidencia Bush. Permita que el Congreso tenga acceso a los registros y los testigos, y deje que la verdad sea dicha.

Dicho esto, el futuro es lo más importante. Celebramos su llegada a la Casa Blanca; en tiempos de gran crisis nacional, usted trae consigo la esperanza de un futuro mejor. Ahora depende de usted cumplir con esa esperanza. Llevando a cabo un programa de recuperación aun más audaz y completo que el New Deal, usted puede no sólo dar vuelta la economía, puede poner a Estados Unidos en el camino hacia una mayor igualdad para las próximas generaciones.

Respetuosamente,
Paul Krugman.